



# El continuo desigualdad-violencia como herramienta de análisis sociológico de las nuevas desigualdades en América Latina

Jorge Arzate Salgado\*

## Introducción

En América Latina, las desigualdades sociales y económicas tienen una permanencia histórica, emblemática a nivel mundial; de esta forma existen los largos procesos de exclusión social de los grupos originarios, los cuales presentan las peores condiciones de vida; también y, como resultado de la pandemia de Covid-19, millones de niños y jóvenes abandonaron la educación básica y superior, y millones de personas murieron por no tener acceso a los servicios de salud; sin olvidar la creciente precarización del trabajo y sus implicaciones en términos de explotación, sobre todo durante los gobiernos de corte neoliberal. Las formas que asumen las desigualdades por exclusión, discriminación y explotación económica no son nuevas en la región, pero, en muchos casos, existen procesos políticos, coyunturas económicas de crisis, que las han hecho más profundas; por desgracia, durante el siglo XX y lo que va del presente, no hay tendencias claras y duraderas de mejora en los indicadores sociales, sino

\* Profesor de Carrera en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Investigador SNI Nivel II.

retrocesos, como es el caso de los índices de pobreza, e incluso, en el caso de los índices de Desarrollo Humano por país.

A la permanencia de la precariedad económica y social, producto de las desigualdades sociales y económicas históricas y contemporáneas, se suma la existencia de múltiples formas de violencias; de esta manera, en muchos países, la violencia de estado se produce de manera esporádica, según las crisis políticas que sucedan; la violencia contra el género es una constante, quizá ahora un poco mejor visibilizada, y se profundiza en términos de feminicidios y todo tipo de acoso y agresiones, incluso dentro de los ámbitos domésticos; sin olvidar las distintas formas de violencia que vienen introduciendo, a nivel de las regiones, los grupos del crimen organizado, desplazando a comunidades enteras, cuando no cobrando derecho de piso, mediante el aumento de homicidios por luchas entre grupos adversarios y como resultado de la guerra de baja intensidad entre las fuerzas armadas y policías con diferentes grupos delictivos. La violencia se convierte en inseguridad ciudadana en las ciudades y en zonas de anomia, por inexistencia de reglas jurídicas, en regiones rurales apartadas de los centros de poder económicos.

La permanencia de las desigualdades, su profundización y diversificación decantada en nuevas formas o situaciones, aunado a un aumento de los tipos de violencias en los diversos países de la región, implican realidades en donde la precarización de la vida supone situaciones de desigualdad y violencia, las cuales, según nuestra hipótesis, comienzan a funcionar, en tanto que sistemas relacionales (compuestos de cadenas de acción social y de constelaciones de subjetividades), de manera co-implicada. La precarización de la vida, entonces sus posibilidades en términos de continuidad, seguridad, dignidad, resulta cada vez más como una expresión de los que podemos denominar como continuos de desigualdad-violencia.

El continuo de desigualdad-violencia es un concepto de naturaleza relacional, que intenta comprender los complejos sistemas de desigualdades

y violencias situados en espacios territoriales; como herramienta metodológica pretende, dar cuenta, tanto de los sistemas de desigualdad, como de los de violencia, así como su imbricación y retroalimentación mutua, así como la manera, finalmente, en que determinan, como fuerzas estructurales, las posibilidades de la producción de las diversas formas del bienestar y su reproducción virtuosa en el tiempo histórico.

El continuo desigualdad-violencia representa, en sí mismo, una situación específica de precariedad de la vida para determinados sujetos sociales; con lo cual supone la existencia de sujetos sociales que funcionan a favor de la perpetuación de la desigualdad-violencia como situación, los cuales deben de ser visibilizados para poder comprender los juegos de poder/dominación/explotación que sostienen la precariedad por desigualdad-violencia: por lo que el conocimiento de los continuos de desigualdad-violencia comparten, tanto un análisis de economía política entre clases sociales, como un análisis de construcción de zonas de anomia social perpetuadas por ciertos sujetos sociales en la sombra, los cuales instauran reglas de acción social en contra del bien común y la autonomía plena de los ciudadanos.

### **El continuo desigualdad-violencia, una definición sociológica**

El continuo de desigualdad-violencia es una propuesta teórica y metodológica para acercarse a los fenómenos complejos y entramados de desigualdades sociales-económicas y las formas de violencia realmente existentes potenciadas por realidades mutuamente implicadas; es decir, el continuo desigualdad-violencia es un artefacto de conocimiento sociológico que permite conocer en un mismo relato o ciclo sistémico los sistemas de acción social que producen/reproducen formas de desigualdad y la manera en que las cadenas de acción social que generan formas de violencia se cruzan y se entraman con estas primeras.

Los continuos de desigualdad-violencia tienen la forma de bucle, es decir, en donde los sistemas de relaciones sociales de la desigualdad y los de la violencia terminan por constituir formas rizomáticas de acción social, entrecruzadas, co-determinadas y co-dependientes entre sí; la arquitectura de estos sistemas de acción social no son por lo tanto lineales, ni determinísticos en sí mismos, sino, en todo caso, son sistemas de acción social helicoidales, los cuales terminan siendo complementarios, pre-determinados y, al final de cuentas, constituyéndose, en sí mismos, en sistemas de acción social singulares en términos histórico-sociales y territoriales; a veces, constituyendo poderosos micro-sistemas (en la vida cotidiana), estructuras (económicas e institucionales) y superestructuras (ideológicas y culturales), que terminan cercando las biografías de los sujetos individuales y colectivos.

La complejidad de un continuo desigualdad-violencia, en tanto que bucles estructurales de lo social, estriba en la misma naturaleza de la acción social que las construye: racional, ideológica y creativa; es decir, un continuo desigualdad-violencia es un producto social que implica significados racionales/económicos, formas superestructurales o ideológicas, así como expresiones creativas, las cuales representan la culminación de las propias cadenas de acción social como realizaciones concretas, sin las cuales no sería posible su realidad concreta y su continuidad en el tiempo histórico-social.

Estos sistemas rizomáticos de acción social y económica pueden entenderse como zonas de lo social que trastocan la moral del bien común; o sea, en donde surgen nuevas nociones del bien y del mal, así como novedosas experiencias de desestructuración de las formas del bienestar; es decir, desestructuración no sólo de las instituciones sociales basadas en el principio de cohesión social, sino de la condición humana de los sujetos y colectivos sociales.

El continuo desigualdad-violencia plantea una serie de problemas sociológicos: a) ejerce fuerzas disruptivas en torno a las tendencias de justicia

social (dificultando el estado de derecho y el acceso a las oportunidades), b) ejerce fuerzas disruptivas en torno a la fortaleza de las instituciones que funcionan como soportes institucionales, c) ejerce fuerzas disruptivas en torno a la ideología democrática del bien común; todo lo cual representa formidables obstáculos a la generación de formas de bienestar.

En consecuencia, los continuos desigualdad-violencia, ponen a prueba a la democracia como forma civilizatoria al fragilizar su institucionalidad e ideología; produciendo contra ideologías que pretenden legitimar prácticas sociales predatorias basadas en la violencia como recurso instrumental.

### **El continuo desigualdad-violencia como perspectiva de conocimiento de la unidad de lo social**

El supuesto sociológico inicial de nuestra argumentación es que las desigualdades sociales y económicas, entendidas como sistemas relacionales complejos basados en las asimetrías y en posiciones de poder/autoridad, en ciertos momentos históricos, comienzan a entramarse y asimilarse, con sistemas relacionales propios de las formas de violencia. Es en este sentido que es posible hablar de continuos de desigualdad-violencia (ARZATE, 2018).

Para la sociología un asunto fundamental es comprender la unidad y permanencia de lo social por lo que nociones como la de cohesión social, adquieren sentido dentro de un pensamiento que busca entender, pero también intervenir, los colectivos como unidad, como permanencia y posibilidad de autoconservación; en el fondo de una noción contemporánea de bienestar pensamos que las posibilidades de unidad, permanencia y autoconservación de los grupos e individuos son las claves para plantear procesos de bienestar.

Las desigualdades económicas y sociales, así como las formas de violencia, como la no resolución de los conflictos y su decantación como formas de violencia, representan dos de las fuerzas sociales de cambio histórico y que explican las posiciones diferenciadas en la estructura social. Las desigualdades sociales, por ejemplo, las asimetrías en la dotación de bienes de producción, son, para el marxismo como corriente de pensamiento, una poderosa fuente de cambio social y político; lo mismo sucede en la distinción, de origen Weberiana, entre clases por la posesión diferencial de bienes de organización; por su parte, las formas de violencia que se producen a nivel de la vida cotidiana (en el vis a vis), como a nivel de las instituciones, son factores de cambio social, como estructuradores de posiciones de poder y autoridad, por ejemplo. Más allá de la dotación asimétrica de recursos económicos, derivado de las formas de explotación/dominación; las desigualdades sociales por exclusión y discriminación generan, en nuestras sociedades contemporáneas, importantes problemas de acceso medidos por mecanismos de cierre social, por ejemplo, a la educación de calidad y en general a todas las oportunidades de acceso a los bienes básicos de subsistencia.

Pensar en la desigualdad-violencia como un bucle de mutua asimilación, supone la existencia de una dialéctica de conflicto entre ambas fuerzas sociales; en donde hay un momento de convergencia en términos de drama humano y social que se realiza por efecto de una doble vía: la vulnerabilidad como situación biográfica/estructural y la acción violenta, la cual suele ser explícita como acción social (mediante el chantaje, la amenaza, la coacción psicológica y la violencia directa); de esta forma los bucles de desigualdad-violencia, como sistemas de acción social, terminan impactando las zonas de la vida cotidiana, en donde el ser humano puede ser asumido como *homo sacer* o ser sacrificable; no necesariamente por el soberano, sino, incluso, por los agentes violentos que colonizan este espacio agazapados en la impunidad o zona de sombra; esta permisividad es resultado de un estado débil o inexistente en dichas zonas.

Estas realidades, moralmente inaceptables, representan un fuerte cuestionamiento a los estados democráticos, en el sentido de que de facto los territorios o espacios sociales colonizados por la desigualdad-violencia impiden, de hecho, la existencia plena de los principios de ciudadanía, así como la defensa de los derechos humanos.

El conflicto, siguiendo a Simmel (2010), puede instituir la unidad de lo social como negociación, al tiempo que la violencia destruye dicha unidad; en este sentido, el continuo desigualdad-violencia, supone una zona en donde la violencia aparece como un punto álgido en el sistema de relaciones sociales, sobre todo cuando ya supone un trauma para alguien; de esta forma el continuo desigualdad-violencia significa una dialéctica que no sólo impide la unidad de lo social, sino que produce un poder emergente en contra de cualquier unidad y que puede reproducir, perpetuar e instituir el continuo desigualdad-violencia como injusticia sistémica, y con ello el surgimiento de otras formas de moral no democráticas, e incluso puede generar formas de anclajes institucionales no democráticos, es decir, basados en principios morales individualistas: no solidarios y alejados de una ideología del bien común; anclajes que funcionan como comunidades solidarias para ciertos individuos en situación de exclusión social, pero los cuales funcionan en la sombra o zonas caracterizadas por la anomia social.

Es necesario subrayar que los continuos de desigualdad-violencia tienen especial efecto para la sociedad en los espacios sociales en donde se reproduce la vida o espacios de la labor, ya que son lugares privilegiados no sólo para la reproducción de la vida, sino para constituir anclajes institucionales de primer orden para los individuos.

Hannah Arendt (1993), identifica a la labor como esa actividad constante que se da de manera sistemática en el tiempo de la existencia (“esfuerzo y gratificación”), y que hace posible la vida, en donde su éxito, su objetivo, es la felicidad; la labor garantiza la supervivencia de la especie en la Tierra (SÁNCHEZ, 2021). Arendt nos induce a pensar que es en la realización de

la felicidad del estar vivo, donde se resuelve la racionalidad económica y política, es decir, antes de la razón instrumental existe una razón sustantiva propia del sentido humano de la vida o bio-racionalidad; esta forma de inteligencia cultural, como forma de la bio-racionalidad, es la que nos mantiene vivos. La supervivencia encuentra su sentido en los esfuerzos y gratificaciones que constituyen el continuo temporal de la vida; pero tales acciones suponen una actitud reflexiva en torno a la poderosa noción de la vida; el designio de la vida como conducta reflexiva e intencional (GIDDENS, 1995).

Entonces una bio-racionalidad supone una capacidad de reflexividad en torno a la poderosa pulsión de la vida como fin último. La vida hay que lograrla en el tiempo continuo de lo cotidiano, por lo que, siguiendo a Anthony Giddens, la vida es una conducta reflexiva e intencional: es un designio.

La bendición de la labor consiste en que el esfuerzo la gratificación se siguen de cerca como la producción y consumo de los medios de subsistencia, de modo que la felicidad es concomitante al propio proceso, al igual que el placer lo es al funcionamiento de un cuerpo sano [...] No hay felicidad duradera al margen del prescrito ciclo penoso agotamiento y placentera regeneración, y cualquier cosa que desequilibra este ciclo [...] destruye la elemental felicidad de estar vivo (ARENDETT, 1993, p. 119)

El asunto es que los continuos de desigualdad-violencia al enraizarse en la esfera de la labor, producen irrupciones en los procesos organizativos en torno al bienestar (que son el meollo de la producción de bienestar); obviamente entorpeciendo la generación de formas de bienestar; a la vez que destruyen la “elemental felicidad del estar vivo”. Esto sucede al momento de alterar el tiempo constante, sistemático y concentrado de las zonas de labor, una irrupción en el tiempo del bienestar que representa un valor estratégico en la producción de bienestar; si la desigualdad-violencia trastoca la esfera de la labor, supone un problema para la generación no sólo de organización social en torno a los procesos de bienestar,

sino implica interrupciones en torno a la ideología del bien común y su sostén creativo: la solidaridad orgánica.

La irrupción de los continuos de desigualdad-violencia en la esfera cotidiana de la labor, entonces, tienen implicaciones profundas en la producción de la continuidad de la unidad de lo social, vista como proceso social basado en la cohesión social; en este sentido, quizá, la economía política implícita en las desigualdades sociales, tiene en las formas de violencia su principal vehículo de realización como fuerza constructora de la estructura social, así como en la arquitectura de las relaciones sociales en la esfera de la labor, es decir, los continuos de desigualdad-violencia tiene la capacidad de re-organizar la estructura de poder/dominación a nivel estructural, así como determinar el las zonas de producción de la vida humana desde los espacios más íntimos de la labor; su peculiaridad, en tanto que procesos complejos de acción social, reside en la producción social de diferentes formas de poderes en la sombra.

De aquí la importancia de las narrativas de los sujetos que habitan los continuos de desigualdad-violencia, ya que representan la posibilidad de visibilización de sus efectos concretos, y, de esta forma, pueden presentar el contenido subjetivo, pero a la vez situado en un territorio, del sufrimiento humano por desigualdad-violencia, o contenido profundo de la precarización social en el mundo contemporáneo; todo esto más allá de los datos estadísticos de la pobreza, por ejemplo.

### **El continuo de desigualdad-violencia y la construcción de formas de violencia en la sombra**

Desde una perspectiva sociológica las desigualdades sociales y las económicas se construyen de forma social a diversas escalas: a) desde las relaciones micro-sociológicas, constituidas por cadenas de acción social, un ejemplo de esto son las relaciones de poder que plantean las situaciones

de discriminación, b) dentro de las instituciones y sus organizaciones, en donde se responde a las reglas de acción social que las propias instituciones plantean a los sujetos sociales, c) a un nivel estructural las desigualdades funcionan como poderosas fuerzas que constriñen a las sociedades, clases sociales y que tienen manifestaciones a nivel del territorio, como es el caso de aquellos espacios denominados como marginales, los cuales no acceden a los beneficios de la modernización debido, en muchos casos, a políticas deliberadas de estado que privilegian ciertas regiones frente a otras.

En todos estos casos existe un patrón que determina las formas de acción social en torno a las desigualdades sociales y económicas: la existencia de asimetrías entre clases, razas y ciertas élites de una sociedad frente a otras; las asimetrías son productos histórico-sociales, a veces heredadas de pasados regímenes sociales, en el caso de América Latina, algunas de las asimetrías evidentes han sido largamente heredadas desde épocas coloniales y profundizadas en la contemporaneidad. Las asimetrías constituyen la base de una economía política de las desigualdades y de la propia violencia implícita o no en una sociedad o en un régimen económico específico; es decir, se basan en posiciones de poder legitimadas por los modos de producción (implícitas en la división social del trabajo), los regímenes jurídicos y/o por la cultura de una sociedad (sistema de significaciones imaginarias culturales), por mencionar las formas de legitimación más comunes. Estas mismas asimetrías de poder son las que operan en las relaciones de violencia, es decir, en donde las posiciones de poder jerárquicas terminan por decantar situaciones de violencia, sobre todo al impedir que el conflicto sea llevado por una senda de consenso y acuerdo simétrico; de alguna forma son las desigualdades sociales y económicas las que se constituyen como los cimientos para una sociedad violenta, en la medida en que las desigualdades terminan legitimando asimetrías en las posiciones de poder entre clases, razas, géneros, grupos etarios, e incluso entre regiones; hay que aclarar que sólo son eso: productoras de pisos distintos en los que el poder se ejerce de forma asimétrica; luego los procesos de construcción social de la violencia(s) tienen

otras derivas propias, otra naturaleza y diferente significación a nivel de los imaginarios colectivos.

Pero hay un nudo en donde se acoplan tanto las desigualdades como la violencia; formando parte de una misma economía política como lucha por los recursos escasos, las oportunidades, la riqueza, la apropiación de plusvalor, las formas de ingreso económico, las posiciones estratégicas de conocimiento, las posiciones estratégicas en la estructura de mando en las organizaciones, el capital político; es decir, en la contemporaneidad la economía política de la desigualdad-violencia no se restringe a la zona económica y se expande a todas las zonas de lo social que son vistas como valiosas para las personas, clases sociales o grupos de privilegio.

El conflicto se resuelve entonces bajo sistemas de acción social distintos al de las desigualdades, pero las posiciones de los actores en relación a sus lógicas de poder se encuentran enraizadas en las posiciones de desigualdad, en asimetrías de poder sustentadas por relaciones de poder económico, de prestigio o de significaciones imaginarias culturales el conflicto que trasciende en la forma de violencia, por su misma naturaleza en tanto que la situación de agresión, produce significados y sentimientos enraizados en el miedo, sobre todo cuando la violencia se registra en zonas de anomia social, es decir, en espacios en donde las reglas sociales (morales, éticas y jurídicas) no son respetadas, no existen o no hay agentes institucionales que las hagan valer; en este tipo de situaciones es cuando el mal aparece como ideología intrínseca de lo social, difícil de sortear para los sujetos con más desventajas en la estructura social y territorial.

Lo que podemos denominar como la violencia en la sombra es la peor consecuencia de los bucles de desigualdad-violencia, en la medida que, por ausencia de un estado de derecho o de una moral y ética sólida, e incluso por la ausencia de grupos sociales cohesionados bajo principios ciudadanos del bien común, la acción social violenta y sus perpetradores se instituyen en nuevas formas de poder infranqueables para ciertos sujetos sociales en clara debilidad: mujeres, niños y niñas, adultos mayores,

hombres y mujeres en pobreza extrema. La ley del más fuerte sustituye al estado y sus herramientas jurídicas de protección democrática, y al hacerlo genera complejos procesos en donde los agentes violentos comienzan la construcción de entornos territoriales más seguros para ellos o a profundizar las zonas de anomia social, en tanto, que blindajes de su acción basada en el miedo, el terror, la amenaza y la extorsión, es decir, en donde la acción social se basa en la arbitrariedad del más fuerte.

La colonización de los espacios sociales por la violencia en la sombra, sus agentes y organizaciones es, en sí misma, otra forma o estructura de desigualdad, siendo entonces una de las estructuras de desigualdad más radicales para la reproducción de la vida, en la medida que su racionalidad no es el bien común, sino la perpetuación de su poder arbitrario a través de la violencia como racionalidad de la vida, al mismo tiempo que la perpetuación de todas las desigualdades como una de las condiciones fundamentales de la violencia como racionalidad y forma suprema de poder. Las situaciones de violencia en la sombra al producir espacios de anomía social, minan todo sentido del bienestar, produciendo cotos cerrados de dominación, así como nuevos continuos, y luego, bucles de desigualdad-violencia que terminan por saturar las posibilidades de una resolución de conflictos por vías pacíficas.

Los continuos de desigualdad-violencia y la construcción histórico-social de bucles terminan por constituirse en poderosas estructuras sociales-económicas radicalmente dañinas a los procesos de sociales y económicos de producción de formas de bienestar; esto es así en la medida que la fragilidad de la vida es producida como resultado de estos continuos de desigualdad-violencia; en donde la fragilidad de la vida se convierte en otro continuo de degradación del ser humano, de sus instituciones y de sus posibilidades de autonomía en el mundo moderno, o sea, los sujetos sociales producto de los efectos de los bucles de desigualdad-violencia terminan cambiando su condición jurídica ideal de ciudadanía por la de una variante de seres sacrificables, *homo sacer*, es decir, no sólo el soberano produce estados de excepción en los cuales se reduce a los

ciudadanos a una condición de hombres sacrificables, sino que las zonas de anomía social, producto de complejas fuerzas económicas y sociales de desigualdad-violencia también generan zonas de excepción, muchas veces en frente de las narices de la institucionalidad democrática; el asunto de la precarización de la vida por efecto de bucles de desigualdad-violencia no queda sólo como un vaciamiento de la condición humana, sino que va más allá de este proceso de al producir de facto zonas de obscuridad-institucional, en las cuales, dado el caso, no existe posibilidad de intervención de una política social convencional, al menos sin recurrir a la opciones de violencia de estado; hoy en día en las zonas de anomia social, aquellas perdidas por los estados democráticos, ya sea por ausencia o incapacidad, la condición ciudadana de sus habitantes es sustituida por una condición de seres sacrificables ante el soberano, el mercado y los agentes productores de violencia en la sombra y sus organizaciones; no se trata de un ejército industrial de reserva como pensaba el marxismo convencional, sino de la cosificación total del individuo pauperizado que vive en y como producto de bucles de desigualdad violencia: producen espacios o zonas emblemáticas de producción/reproducción/ampliación/profundización de las formas de la violencia(s); se trata de zonas en donde se producen sistemas de acción social favorables, en un proceso de doble estructuración social, para la prevalencia de las desigualdades sociales y económicas, como para la ampliación de las constelaciones violentas, produciendo espirales problemáticas de co-implicación, de continuo, entre desigualdad(es) y violencia(s).

En estas zonas emblemáticas o continuos de desigualdad(es)-violencia(s), los entramados entre ambos fenómenos, comienzan a desdibujar sus contenidos, de tal forma que la violencia aparece como una forma más de la desigualdad; es cuando la violencia asume la forma de discursos de poder, como imaginarios sociales culturales, que terminan legitimando las desigualdades como insalvables: como estructuras sociales y económicas que, no sólo legitiman la violencia(s,) sino que son las estructuras o reglas de acción que permiten la ampliación al infinito de la violencia como forma de vida.

Este punto ciego, este nodo o encrucijada de encuentro histórico-social, entre desigualdad(es)-violencia(s), supone una ceguera frente a los estragos humanos de la violencia y la vulnerabilidad de la condición humana; supone una no-visión frente al horror la arbitrariedad y el dolor humano; tal invisibilización permite el surgimiento de nuevas formas de acción social creativas; pero, esta vez, centradas en la violencia como norma, meta y método de construcción de lo social; la ley es sustituida por el miedo y el terror. De esta forma las geografías de la vulnerabilidad (sea por pobreza o por exclusión) se encuentran virtuosamente con las constelaciones sociales de la violencia.

La singularidad de la desigualdad-violencia en la contemporaneidad estriba en la anulación del sujeto como autónomo, por lo tanto, tiene un efecto de trastocamiento de la condición fundamental de la democracia moderna, pues trastoca la condición ciudadana; pasando de una condición ciudadana, a la de un ser sacrificable que habita una zona de anomia social, y que, por lo tanto, no puede o le cuesta trabajo desarrollar una moral en torno al bien común; todo esto en la medida que, el meollo de su existencia, gira en la salvación de su vida como único objetivo ante la arbitrariedad de la violencia y las cadenas de desigualdad que le atan a una posición vulnerable en la estructura social.

## **Conclusiones**

En nuestras sociedades profundamente vulnerabilizadas por efectos de continuos de desigualdad-violencia, el mal no es de naturaleza teológica, sino es una condición propia del no-bienestar: una nueva condición de ser sacrificable, en paradójica, en el contexto de un régimen democrático, al menos planteado jurídicamente.

Ciudadano *vs* ser sacrificable o sacer, este es el dilema en el entramado de los continuos de desigualdad-violencia. Desde este razonamiento el bienestar es una condición opuesta a las formas de fragilización de la vida y la condición humana inducidas por la desigualdad-violencia como

continuo biográfico, la situación de bienestar significa la plena garantía de autonomía de los sujetos sociales, individuales y colectivos, a pesar de la incertidumbre de la desigualdad-violencia, a pesar de las formas de violencia en la sombra, es decir, la existencia de una conciencia, de una moral a favor de la autonomía como principio de libertad, responsabilidad social y lucha contra todo poder opresor que ejerza alguna forma de dominación: una reflexividad en torno a lo que debería ser un ser autónomo frente a toda forma de poder arbitrario.

El estudio de la precariedad (como producto de continuos de desigualdad-violencia) y su anverso la producción de bienestar, en la región de América Latina, supone una complejización de la mira sociológica; la cual implica análisis importantes sobre dos vías de pensamiento, de tradiciones sociológicas: 1) la construcción de formas de poder de clases e intraclases y 2) sus implicaciones en la posibilidad de la existencia de formas de cohesión social, en la medida que éstas últimas constituyen el meollo de las formas del bienestar en sociedades democráticas; es decir, el conocimiento de los continuos de desigualdad-violencia supone una renovada economía política del bienestar.

---

## REFERENCIAS

- Arendt, Hannah (1993) *La condición Humana*. Barcelona: Paidós.
- Arzate-Salgado, Jorge (2018) Desigualdad-violencia como continuo problemático, *Revista de Cultura de Paz*, 2, pp. 631-2700.
- Giddens, Anthony (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Sánchez, Nuria (2021) *Hannah Arendt: la filosofía frente al mal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, George (2010) *El conflicto. Sociología del antagonismo*. Madrid: Ediciones Sequitur.